



**MISA PONTIFICAL EN HONOR A LA VIRGEN BLANCA,  
PATRONA DE VITORIA-GASTEIZ  
HOMILIA DEL OBISPO DE VITORIA, MONSEÑOR JUAN CARLOS ELIZALDE ESPINAL**

Queridos hermanos,

La celebración de la Virgen Blanca nos refresca la visión de Juan en el libro del Apocalipsis: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva... Ésta es al morada De Dios con los hombres: acampará entre ellos. Ellos serán su pueblo y Dios estará con ellos. Enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor... Ahora hago el universo nuevo.” Dios tiene un proyecto, un mundo de hijos. Y busca colaboradores. Personas que conciban la vida para construir un mundo mejor, para proclamar la buena noticia de que tenemos Padre y de que somos hijos y hermanos. Para trazar caminos de colaboración, de fraternidad y para construir entre todos la cultura del encuentro. Amenazados por la pandemia, ya sabemos qué mundo no queremos seguir construyendo y qué mundo queremos dejar a nuestros niños. Trabajar vocacionalmente es trabajar profesionalmente por este universo nuevo.

Con San Pablo, sí descubrimos este designio ya “todo nos sirve para el bien”. Dios nos “predestinó a ser imagen de su Hijo para que Él fuera el primogénito de muchos hermanos.” Como dice el Concilio Vaticano II, “El misterio del hombre se esclarece a la luz del misterio del Verbo encarnado”. Conocer a Jesús es conocer el corazón humano y sus posibilidades de felicidad. Apostar por Jesús es apostar por toda persona sin excluir a nadie al compartir esas posibilidades. Poner a Jesús en el centro es abrazar a nuestras inmigrantes y refugiados, es acoger a las personas más desfavorecidas en cuyo rostro se refleja mejor el suyo. Acertar en la vida es dar con nuestra aportación, con nuestra mejor manera de colaborar. Eso es vivir vocacionalmente. En los momentos más duros de la pandemia, no todos hemos podido contribuir desde la medicina y la enfermería, pero todos hemos deseado actuar como profesionalmente vocacionados. Como quien tiene algo importante que aportar. Las preguntas que nos hacemos en esta celebración son vitales: ¿En quiÉn me estoy convirtiendo? ¿Qué tipo de persona voy siendo? ¿Es reconocible en nosotros la imagen de Jesús, su Hijo? ¿Soy una bendición como Él? Es desde luego lo que hubieran

necesitado los que se fueron. Hemos proclamado el Evangelio de Jesús perdido y hallado en el templo. En todo proyecto, en toda vocación, en toda trayectoria personal, hay un momento en que se pierde el niño. Lo que daba sentido a la vida de María y de José, hay un momento en que se pierde, desaparece. La pandemia desdibuja nuestros objetivos, desbarata nuestros planes y tumba nuestras seguridades.

Tres días le buscan angustiados. Y lo encuentran sentado en el templo, en medio de los doctores asombrados por su sabiduría. “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” La verdadera sabiduría es hacer la voluntad del Padre, estar en las cosas del Padre, en su casa, en su proyecto. Lo que importa en la vida es acertar, dar con la propia vocación, reconocer la propia misión y desde ahí trabajar, acompañar y ayudar a construir. “Yo soy una misión en esta tierra y para eso estoy en este mundo”. Este es el impresionante testimonio vital del papa Francisco.

Son también los primeros atisbos de la vocación y misión de Jesús. Le queda aún mucho por descubrir: “Él bajó con ellos a Nazareth y siguió bajo su autoridad... Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.” En nuestros jóvenes la mejor preparación a la misión es el crecimiento en sentido de responsabilidad, respeto y preparación profesional, sin descartar una particular vocación al servicio eclesial. Su posicionamiento responsable respecto al ocio y a la salud pública es una ocasión privilegiada de maduración personal. Necesitamos a nuestros jóvenes implicados solidariamente.

“Su madre conservaba todo esto en su corazón”. Es la actitud más inteligente: simbalein, recoger lo que está disperso, lo que está lanzado. Eso es discernir: pasar por el corazón todo lo que ocurre y... decidir. María está atenta y da la mejor respuesta en cada etapa de su misión, también cuando no entiende. ¿Qué puedo hacer en este momento de mi vida? ¿Cuál es mi aportación? ¿Desde dónde colaboro mejor? ¿Quién me necesita más? Serían las preguntas que surgen desde la actitud de Santa María.

Jesús perdido y hallado en el templo es un misterio. La Virgen sufre, San José sufre, Jesús sufre, todo el mundo sufre y nadie tiene la culpa. Hay situaciones en la sociedad, en la Iglesia, en la Diócesis, situaciones en que todos sufren y nadie tiene toda la culpa, o al menos la culpa está muy, pero que muy repartida. Nos envenenamos cuando sólo pensamos en buscar culpables. María y José no se reprochan nada, callan y aprenden. La actual situación exige más colaboraciones que culpabilizaciones. Todos podríamos hacer más y mejor, pero ahora la clave está en sumar esfuerzos, corregir errores, aunar voluntades, optar por la creatividad y atreverse con opciones alternativas hasta ahora desechadas. Si estamos en la misma barca y nadie

puede salvarse sólo ¿no sería el momento del consumo responsable, del gasto sostenible y de la igualdad de oportunidades? Si hemos tragado nuestra vulnerabilidad ¿no sería el momento de reordenar las prioridades y de reforzar los puntos débiles de los más débiles? Tiremos por la borda lo que nos sobra -caprichos, prejuicios, distancias ideológicas y afectivas- y ¡a empeñarse en lo realmente importante! En la sociedad, en la familia y también en la Iglesia.

La pandemia tiene que sacar lo mejor de nosotros mismos. Esta prueba nos debe hacer mejores seres humanos, más compasivos, más generosos, más responsables, en definitiva, mejores hermanos, que es para lo que Dios nos ha creado.

Millones de personas estamos rezando por ser mejores cristianos. Por ser mejores hermanos. Estamos rezando por quienes están tomando decisiones, para que gobiernen con justicia, sensatez y prudencia. Estamos rezando por quienes nos cuidan, para que no enfermen. Rezamos por quienes están buscando la vacuna, para que aciertan. ¿Es poco lo que hacemos quienes rezamos? ¡Es muchísimo! Orar no es convencer a Dios, sino quitar los obstáculos que hay en nosotros para que se cumpla lo que Dios quiere, que es siempre lo mejor para nosotros.

¡Virgen Blanca, ruega por tu ciudad!

En la parroquia de San Miguel Arcángel, santuario de la Virgen Blanca  
5 de agosto de 2020, fiesta de la Virgen Blanca, patrona de Vitoria-Gasteiz